

---

Nicollet, Charlotte, *Ferdinand Ier de Bulgarie. Un tsar dans la tourmente des Balkans*, Paris, CNRS Éditions, 2021, 347p. ISBN: 978-2-271-11984-1. 25€ 

*Avertissement. Table des abréviations. Carte. Introduction. PREMIÈRE PARTIE. L'ASCENSION FULGURANTE. Chapitre 1. L'enfantement d'un État. Chapitre 2. Dans les coulisses d'un début de règne. Chapitre 3. L'affirmation du pouvoir princier. Chapitre 4. L'apogée du règne. DEUXIÈME PARTIE. L'ILLUSION FATALE. Chapitre 5. L'aggravation des tensions turco bulgares et l'avènement d'une politique de bascule. Chapitre 6. Une réconciliation balkanique au forceps. Chapitre 7. La «reconquête» des Balkans. Chapitre 8. Des déchirements à la guerre entre alliés: le premier acte d'une tragédie bulgare. TROISIÈME PARTIE. L'ESPOIR DEÇU D'UNE REVANCHE: LA BULGARIE DANS L'ENGRENAGE DE LA GRANDE GUERRE. Chapitre 9. La revanche au cœur du choix de l'alliance. Chapitre 10. Rôle et exemplarité de l'institution royale: les Cobourg de Bulgarie à l'épreuve du conflit mondial. CONCLUSION. Sources et bibliographie. Index.*

En 1887, Fernando de Sajonia-Coburgo y Gotha es elegido para presidir los destinos de Bulgaria, un pequeño país ligado *de iure* al Imperio otomano y convertido en autónomo como consecuencia del Congreso de Berlín de 1878. Católico, procedente de una ilustre casa alemana, emparentado con las más prestigiosas familias europeas, nieto del rey de Francia Luis Felipe, hijo de un magnate húngaro y él mismo súbdito de la monarquía de los Habsburgo, se le confía un principado al mismo tiempo «joven» y que reivindicaba una historia muy antigua, situado en los confines del Viejo Continente, «oriental» en el primer aspecto, impregnado por cerca de cinco siglos de dominación otomana. Con 26 años, convencido de ser capaz de triunfar aquí donde su predecesor, Alejandro de Battenberg, había fracasado, el príncipe, llevado por el fuego de la juventud y en busca de grandeza, se sintió preparado para hacer frente al desafío de lograr la gestación de un Estado. Como un artista ante una tela casi blanca, ve en esta aventura la ocasión de dar la medida de sus talentos, de realizar la obra de su vida.

La era «fernandina» dejará una huella profunda en Bulgaria, marcada por la modernización en todos los planos, el reforzamiento de sus instituciones, la maduración del sentimiento nacional de su pueblo, los enfrentamientos interiores, un debate de ideas denso y fecundo, un considerable auge cultural. Durante este periodo, el país obtuvo sobre todo su independencia y se impuso en la escena internacional. Debíó hacer frente a grandes crisis europeas, a presiones de las potencias y a las maniobras, pocas veces benévolas, de sus vecinos. Conoció tres guerras terribles, dos derrotas militares desastrosas, las sucesivas ampliaciones y los recortes de sus fronteras. Su posición geográfica, conjugada con los «mandatos» del proyecto nacional que le animaba, la predestinaba a encontrarse en el corazón de las tempestades que atravesaron el Viejo Continente los dos primeros decenios del siglo XX.

Fernando dejó la escena política en 1918, después de las dos «catástrofes nacionales» que perseguirán la memoria de los búlgaros, perdedores, exangües y traumatizados tras el segundo conflicto balcánico de 1913, y después de la Gran Guerra. Su nombre



Universidad  
de Navarra

FACULTAD DE  
FILOSOFÍA  
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE  
HISTORIA  
DEL ARTE  
Y GEOGRAFÍA

## RECENSIONES

se mantendrá durante largo tiempo ligado a esos episodios dramáticos. Será sinónimo de debacle. El «Coburgo» entra vivo en la leyenda, una leyenda negra.

No hay duda de que una política bien juzgada no puede serlo más que a través de sus resultados finales. Así está justificado, aunque sea reductor, y en ocasiones caricaturesco, confundir a un monarca que ejerce efectivamente el poder con los fracasos de su reino. No obstante, estos principios son insuficientes para evaluar con exactitud las «faltas» de Fernando. También es necesario recolocar su acción y sus decisiones en su contexto local y general e intentar comprender sus motivos, seguir el hilo de su puesta en práctica y analizar sus consecuencias.

En 1887, el príncipe de Sajonia-Coburgo-Gotha no tomó «posesión» de algún astillero vacío, ni de un terreno virgen. «Heredó» un país orgulloso de su historia y de sus mitos constitutivos, un país ligado a su identidad y su fe ortodoxa, una nación de un pasado pesado y con esperanzas para el porvenir. Estaba obligado a hacer suyos los ideales y las ambiciones que descubrió sobre el terreno. Le asignaron la misión de realizar un proyecto nacional que le precedía.

Los búlgaros nutrían el sueño de renovar los lazos con su grandeza pasada. Cultivaron el recuerdo de dos Estados fundados por los «antecesores» de la Edad Media y la memoria de las brillantes figuras de los tiempos gloriosos, como el zar Simeón I, que hizo temblar a Bizancio. Percibían la hegemonía otomana multiseccular como un «yugo» del que no se habían liberado completamente y que llevaban todavía los «hermanos» excluidos del territorio que estaba bajo la autoridad de Sofía. En la segunda mitad del siglo XIX, su despertar nacional coincidió con una fase de «aceleración» que llevó en 1876 a una insurrección masiva y reprimida en sangre. Menos de dos años después, la guerra victoriosa de Rusia contra la Sublime Puerta concluyó con la firma del tratado de San Stefano, que les concedía autonomía sobre un vasto territorio de 164.000 km<sup>2</sup>, constituido como principado. Esta «Gran Bulgaria» no pervivió largo tiempo. Su superficie fue reducida en más de un 60% por el Congreso de Berlín de junio-julio de 1878. Los búlgaros vivieron estas amputaciones como un trauma colectivo e hicieron de las «fronteras de San Stefano» una causa nacional para recobrarlas. Su Estado, vasallo de Constantinopla en el terreno jurídico, era considerado por San Petersburgo como un coto reservado. Su primer príncipe, Alejandro de Battenberg, consiguió recuperar la Rumelia oriental después de un conflicto armado con Serbia, pero no supo resistirse a las presiones de los rusos, que soportaban mal sus tomas de distancia con ellos, lo que provocó su caída. Fernando se convirtió en su sucesor después de muchas peripecias.

El nuevo *knyaz* comenzó a pilotar el timón de un barco todavía frágil. Por más que el título y el poder conferidos a su persona teóricamente fuesen a durar hasta el fin de sus días y estuvieran destinados a ser transmitidos a su heredero, se dio cuenta pronto de que su trono era inestable. Si quería imponer y asegurar la perennidad de su casa, debía reforzar el Estado colocado bajo su autoridad y conquistar el corazón de la nación. Fernando no tenía derecho al error en ese país que no los perdonaba. Era necesario adaptarse a las especificidades y contradicciones sin cuento de su patria de adopción.

Al disponer de una constitución propia y de unas fuerzas armadas, Bulgaria seguía siendo el desafío permanente del conflicto latente que tenía lugar entre su «propietario»

## RECENSIONES

titular, el Imperio otomano, su protectora, Rusia, y, en menor medida aún, Austria-Hungría, que tendía a hacer crecer su presencia en los Balcanes. Su estatuto de Estado vasallo de Constantinopla limitaba su campo de acción, pero le dejaba una apreciable libertad. Estaba atrapada por querellas interiores pasionales, en parte mantenidas por las potencias deseosas de aliarse con ella. Estaba rodeada de vecinos a los que le oponían muchos litigios territoriales y acababa de salir de una guerra con uno de ellos. Su política «exterior» se desplegó a dos niveles, el del imperio que seguía siendo a pesar de que era tributario; y el del ajedrez internacional, que le abría perspectivas cada vez mayores. Buscó, prioritaria y paralelamente, la obtención, progresiva o no, de la independencia y la «recuperación» de sus «provincias perdidas», en particular Macedonia y Tracia, en favor de una vinculación con la «madre patria» constituida por Sofía como un arma delicada de doble filo.

Fernando estaba obligado a asimilar todos sus datos y tenerlos en cuenta para definir y servir a los intereses de su nuevo país. Era el jefe del Estado, el garante de las instituciones del principado, la autoridad que nombraba al presidente del Consejo de ministros, que aprobaba el gobierno formado por este, que hacía ejecutivas las leyes que votaba la asamblea (el *Sobranié*) y que podía estar en su iniciativa. Estaba en posición de tener un peso significativo sobre el ejecutivo, mientras que los asuntos exteriores y el ejército dependían de su competencia directa. Fuerte por sus poderes reales, aunque circunscritos por el cuadro constitucional fijado en Tarnovo en 1879, buscó dirigir a los búlgaros por el buen camino, lo que le llevó a concretar sus aspiraciones a todo lo largo de su reinado, que se confundió con un periodo de tormentas y agitación a escala local, regional, europea y mundial.

Fernando se retira después de una derrota militar y sin haber dado a los búlgaros las fronteras con las que soñaban rodearse. Se acordarán de él, el rey de las dos «catástrofes nacionales», las de 1913 y 1918. Es innegable que cometió errores durante su reinado. Con el retroceso, persistieron muchos interrogantes. ¿Habría podido evitar provocar la Segunda Guerra balcánica? ¿Habría sido diferente el curso del conflicto mundial si, en el verano de 1914, las retiradas de las tropas austro-húngaras del frente serbio hubieran sido paliadas por una ofensiva por la espalda búlgara? Estas cuestiones se mantienen planteadas, entre tantas otras, y no pertenece al historiador perderse en suposiciones. Las decisiones del rey no pueden ser juzgadas más que a la luz de las circunstancias locales y del contexto internacional en el que fueron tomadas, así como en función de la libertad y del campo de posibilidades de que dispuso el principal interesado.

Fernando fue acorralado en los desaciertos por los imperativos, las exigencias, la falta de realismo, las contradicciones, las violencias y las presiones de un movimiento nacional búlgaro compuesto, heterogéneo, a veces incoherente. Quienes le denigraron hicieron poco caso de las responsabilidades de las élites que habían dado el tono a la vida política del reino, divididas, impacientes, empujadas por sus ideas y por sus lealtades exteriores. Sobre todo, debió maniobrar sobre un ajedrez europeo que confinaba a su país a un papel de peón, en una época saturada de crisis y de agitación.

Situada en el corazón de un espacio geoestratégico de primera importancia, sobre el eje que une a Viena con Salónica y en la proximidad de los Estrechos, Bulgaria estaba condenada a convertirse en una cuestión de potencias y se encontró «en primera línea»



Universidad  
de Navarra

FAULTAD DE  
FILOSOFIA  
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE  
HISTORIA DEL ARTE  
Y GEOGRAFIA

## RECENSIONES

a cada subida de la fiebre en los Balcanes. Su rey se las ingeniaba para sacar provecho de esta posición y de los acontecimientos sucesivos para llevar adelante una política de equilibrio ambiciosa, valiente y fecunda. Los éxitos le animaron siempre hacia más audacia e imprudencia, dedicada a los «colosos», sucesivamente adversarios y socios, amigos y enemigos, provistos de medios considerables y poco dispuestos a tolerar otra manifestación de las ambiciones del «Pulgarcito» de los Balcanes, a dejarle contrarrestar sus planes en la península. Concluyó por perder una gran parte de sus ganancias de partida aplicando en periodo de guerra unas reglas de juego mejor adaptadas a los tiempos de simple crisis o de paz armada.

Fernando dejó tras él un Estado independiente, un reino más extenso y sólido que el principado recibido por él en 1887. Legó a su país estructuras institucionales, económicas y culturales funcionales, de modo que el sistema político sobrevivió a lo peor y fue susceptible de durar. Fundada sobre una dinastía con futuro, la monarquía parlamentaria reforzada por él se mostró capaz de mantener el equilibrio entre los partidos y los intereses contrarios. Reveló una cierta facultad de resistencia a las injerencias y presiones de las potencias. Es significativo que el cataclismo de 1914-1918 acabó con tres imperios enfrentados después de decenios en los Balcanes: la monarquía de los Habsburgo, la Sublime Puerta y la Rusia zarista. Los robles cayeron, el junco aguantó.

Para su mayor pena, el zar caído no volvió a ver su reino. A partir del otoño de 1918, fue en su exilio apacible y triste de Coburgo desde donde siguió, no sin orgullo y con una creciente inquietud, el recorrido de su hijo mayor, su sucesor prematuro. Boris III hizo todo lo posible para estar a la altura de su misión, la de enderezar una Bulgaria herida, vulnerable y que buscaba su lugar en el nuevo ajedrez europeo. A primera vista, se propuso tratar las cuestiones candentes heredadas del reino de su padre. En realidad, dichos problemas tomaron pronto otra dimensión a causa de las plagas totalitarias tanto antes como después de la Segunda Guerra Mundial, que pusieron fin a la dinastía de los Sajonia-Coburgo y Gotha en Bulgaria. En última instancia, esta dinastía no habría tenido más que tres representantes de destinos trágicos. Fernando conoció la gran desgracia de perder a Boris, muerto en 1943 en circunstancias sospechosas; después desapareció Kiril, asesinado en 1945 por los comunistas que instalaron progresivamente su poder. Roto y abrumado por la pena, el viejo monarca murió el 14 de agosto de 1948 a los 87 años, lejos de aquella tierra de Bulgaria donde habría querido ser enterrado y de cuyo alejamiento nunca se había consolado. Como revancha de la historia, en 1996 su nieto Simeón II, el último rey de los búlgaros, el zar niño expulsado por la dictadura estalinista de Gueorgui Dimitrov, volvió al suelo de su patria, convertida en una república democrática, bajo las aclamaciones populares, después de medio siglo de proscripción.

El libro de Charlotte Nicollet es una sólida tesis doctoral, que, dirigida por Olivier Forcade, fue defendida en la Université Paris-Sorbonne en 2016. También es un buen ejemplo de una biografía clásica, que afronta tanto los aspectos íntimos como los públicos de su personaje. Además de una muy amplia bibliografía, la autora maneja fuentes manuscritas de los Archivos Centrales del Estado (Sofía), los archivos diplomáticos y militares franceses, los archivos personales de Fernando (hoy conservados en la *Hoover Institution*) y fondos relativos tanto a Fernando como a Boris conservados en el palacio de Vrana;

## RECENSIONES

fuentes impresas búlgaras, otomanas, francesas, británicas y alemanas; testimonios, correspondencia y memorias de época, además de algunas cabeceras de la prensa búlgara. Se cita también una fuente oral importante, como es la entrevista de la autora con Simeón II de Bulgaria, en el palacio de Vrana, el 11 de diciembre de 2012. En cambio, echo en falta las fuentes vaticanas, que ya han sido consultadas por historiadores italianos interesados por las relaciones entre católicos (toda la familia real, entre otros) y la mayoría ortodoxa búlgara. En tiempos de Fernando, y con motivo tanto del nacimiento como de la confirmación de su hijo Boris, el papa Benedicto XV nombró visitador apostólico en Sofía a monseñor Roncalli, que hizo allí una muy positiva labor.

**Charlotte Nicollet**, historiadora, cónsul honoraria de Francia en Split (Croacia), se ha convertido en una especialista en la historia contemporánea del Sudeste europeo. Entre sus publicaciones destacan: «La Bulgarie et la Guerre interallié (juin-septembre 1913)», *Études danubiennes*, 2013; «Ivan Evstratiev Guéchof, artisan et dernier défenseur de l'Alliance Balkanique en Bulgarie», en J.P. Bled y J.P. Deschodt (dirs.), *Las guerres balkaniques*, 2013; «Les déplacements forcés de populations en Bulgarie (1912-1919)», en Fabien Lemnes, Johannes Grossman *et al.*, *Evakuierungen im Europa der Weltkriege*, 2014; «La Bulgarie en 1914: un État en convalescence», en J.P. Bled y J.P. Deschodt (dir.), *La crise de juillet 1914 et l'Europe*, 2016; «Les Cobourg de Bulgarie à l'épreuve de la Grande Guerre», *Guerres mondiales et conflits contemporains*, 2016; «L'entrée de Bulgarie dans la guerre», en J.P. Bled y J.P. Deschodt (dirs.), *De Tannenberg à Verdun, la guerre totale*, 2017.

Ignacio Olábarri Gortázar  
Universidad de Navarra



Universidad  
de Navarra

FAULTAD DE  
FILOSOFIA  
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE  
HISTORIA DEL ARTE  
Y GEOGRAFIA